



TROTSKY

Y

NOSOTROS

por
Guillermo Lora

**45 AÑOS DEL ASESINATO DEL CAUDILLO
BOLCHEVIQUE POR EL STALINISMO**

MASAS

N°966

**Organo central del Partido
Obrero Revolucionario**

**La Paz, 15 de agosto de 1985
Precio: bs. 150.000**

TROTSKY Y NOSOTROS

EL GIGANTE DEL PENSAMIENTO Y LA ACCIÓN

Este 20 de agosto (2009 N.R) se recuerda el asesinato de León Trotsky en Coyoacán (México) por un agente del stalinismo. Nuevamente se comprobó que el vacío dejado por un cuadro de tanta calidad, que constituía capital invaluable para todo el movimiento revolucionario internacional, es llevado muy difícilmente y para eso se necesita mucho tiempo, pues es en el transcurso de muchos años que se van forjando y templando los revolucionarios profesionales. Diremos de paso que esto explica por qué un partido es un programa, una organización y una tradición, sin este último factor resultaría inconcebible la lucha de los explotados en escala mundial y también nacional.

Trotsky murió en su ley, combatiendo sin tregua contra la burocracia contrarrevolucionaria que, expresando los intereses de las fuerzas reaccionarias de dentro y de fuera de la URSS y para servir mejor a los enemigos de la clase obrera, siguió el camino de desplazar del poder a los trabajadores.

Acaso Trotsky no aparece tan grande en momento alguno de su vida como cuando comprende que la arremetida victoriosa de la contrarrevolución nacional e internacional no le permite al revolucionario permanecer en el poder, acomodarse a las circunstancias negativas, agachar la cabeza, abandonar la bandera de la revolución, abrigando la vana esperanza de que desde el seno mismo del poder podrá rectificar, gracias a su genio y a sus cualidades personales, el curso de la historia. No pocos marxistas en circunstancias similares abandonan el método del materialismo histórico para dar rienda suelta a su subjetivismo, a su voluntarismo apenas contenido y ellos se presentan como la fuerza más poderosa de la historia. Muchos han reprochado a Trotsky el haber abandonado el poder casi sin batalla, el no haber querido o podido capitalizar su tremendo ascendiente sobre la juventud y el ejército para consagrarse como el heredero de Lenin en el poder. Inclusive en el aspecto puramente humano resulta repudiable el que las ambiciones inconfesables se hubiesen lanzado a disputarse la herencia ante los restos del hombre que supo entregarse íntegro -única entrega que cuenta- a la causa revolucionaria. La conducta de Trotsky nos parece conforme con su convicción marxista. Era el orgullo hecho hombre y dio pruebas inequívocas de que era consciente de su valor y de sus aptitudes excepcionales, pero la comprensión de las leyes del desarrollo social le permitieron aprender a acomodarse y subordinarse humildemente a ellas.

En las últimas páginas que salieron de su admirable pluma se lee que en caso de nacer de nuevo habría vuelto a abrazar gustoso la lucha revolucionaria. Esto dijo quién creyó que era su deber revolucionario luchar década tras década contra la burocracia contrarrevolucionaria, a fin de poner a salvo la bandera marxista-bolchevique. Sabía que al adoptar esa actitud para no pocos sin ninguna promesa de victoria estaba luchando por la liberación de los explotados y por sacar a la humanidad de la vergüenza capitalista y en definitiva por humanizar al hombre en el caldero del comunismo.

Como buen marxista estaba seguro que la política -fenómeno superestructural- no era otra cosa que interpretación de la contradicción que se da en la estructura económica material de la sociedad, reflejada a su modo en lucha que libran las clases sociales entre sí; por eso su vida estuvo dedicada a la creación teórica. La política revolucionaria, en su expresión más elevada, es creación teórica. La lucha de clases, la misma revolución, son una descomunal polémica entre posiciones clasistas contrapuestas; ni duda cabe que en el campo de las ideas polémica se trueca necesaria, actividad cotidiana en el empeño de ir forjando la ideología revolucionaria de los explotados y oprimidos en oposición y en combate franco contra la ideología oficial.

Forjado en el rigor del marxismo y que fue marcando sus perfiles al unísono con su creación teórica, que no es otra cosa que la aplicación del método del materialismo dialéctico a una realidad concreta, en este caso a Rusia, no pudo menos que cobrar una gran seguridad en su pensamiento y en su conducta diaria. Víctor Serge -el Serge que nunca superó del todo su anarquismo, pese a haber pasado por la IC y la Oposición de Izquierda- escribió sobre El Viejo: "Tenía apenas cuarenta y cinco años y ya lo llamábamos El Viejo, como antes a Lenin a la misma edad. Lo cual quería decir; según el uso de la lengua popular rusa, el mayor en espíritu, el que merece más segura confianza. Tal fue el sentimiento que realmente inspiró a todos los que se le acercaron a lo largo de su vida: el de un hombre en quien el pensamiento, la acción, la vida "personal" formaban un bloque sin fisuras y que seguiría sin debilidades su camino hasta el fin; el de un hombre con el cual se podía contar plenamente en toda circunstancia, que no variaría



en lo esencial, ni flaquearía en la derrota, ni retrocedería ante la responsabilidad ni ante el peligro, ni perdería la cabeza en la tormenta. Hecho para dominar las circunstancias, seguro de sí mismo, tenía un orgullo interior tan grande que lo hacía sencillo y realmente modesto: tenía el orgullo de ser un instrumento lúcido de la historia. En la prisión, en el destierro, en su cuarto de hotel de emigrado, en un campo de batalla, en la cumbre del poder, era, simplemente; un desinterés total, el que hace lo que es preciso hacer para ser de utilidad a los hombres en marcha.

Habiéndose convencido a temprana edad de que era capaz de serio (a los 27 años, en 1905, fue Presidente del primer Soviet de Petersburgo), no dudaba ya de sí mismo, y eso le hacía considerar la fama, los cargos de gobierno, el poder más absoluto, sin apego ni desdén, utilitariamente. Sabía ser duro, aún despiadado, como la actitud del cirujano que realiza una operación grave. El que escribió, durante la guerra civil y el terror, una frase como ésta: 'Lo que hay de más humano en las revoluciones es la energía más grande', podría ser definido, si hubiera necesidad de definirlo, con la palabra: "realizador".

PRODUCTO COLECTIVO

¿De dónde vino ese gigante del pensamiento y la acción? Es equivocado el criterio de considerarlo un genio caído del cielo o el resultado exclusivo de sus excepcionales aptitudes individuales. El Trotsky que tanto había contribuido a la comprensión de las tendencias fundamentales del desarrollo ruso, observándose desde lo alto de la cumbre de su pensamiento, se consideraba a sí mismo como el instrumento consciente de la historia. Era el producto, ni duda cabe, de la descomunal lucha revolucionaria en un país atrasado porque permanecían pendientes de cumplimiento importantísimas tareas democráticas -en la Rusia zarista no había ni siquiera república- y, sin embargo, estaba ya presente el proletariado como clase. La revolución rusa, particularmente la primera de 1905, planteó por primera vez descomunales problemas políticos-teóricos y reiteró otros. El desarrollo de las fuerzas productivas exigía la destrucción de las formas de propiedad imperantes, pero esta contradicción clásica para todo marxista y teóricamente resuelta al pasar por la particular urdiembre social de Rusia plantea interrogantes que antes no se dieron. Para hablar de una manera concreta: la presencia del proletariado como clase, es decir, consciente -organizada en partido político- según los clásicos, modificó profundamente la inter-relación entre las clases sociales, particularmente entre la burguesa y la obrera, ésta, como ya se sugiere en "El Manifiesto Comunista" y se deja sentado en la famosa circular de marzo de 1850, no puede menos, al intentar destruir la gran propiedad privada para poder libertarse, que empujar a la burguesía al campo contrarrevolucionario. De inmediato surge el problema -inédito en cierta medida hasta ese momento- de ¿qué clase social resolverá las tareas demoburguesas pendientes de cumplimiento?

La discusión teórica en Rusia, sobre todo por referirse a grandes y novedosos problemas hasta ese momento no dilucidados, al menos en toda su profundidad, no pudo menos que enriquecer y renovar el marxismo, esto ante la mirada sorprendida de la mayor parte de la socialdemocracia internacional. Nunca como entonces se puso de relieve que el marxismo debe ser utilizado como método y no como un rosario de fórmulas prefabricadas que pueden aplicarse a no importa qué cuestiones.

Trotsky se agigantó en esta creación teórica y en esta polémica; en esta medida fue una creación colectiva, no únicamente de la lucha revolucionaria rusa, sino también de la mundial; un producto colectivo del pensamiento y de la actividad del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso; fue perfilando su pensamiento en la acre y chispeante polémica con sus iguales de dentro y fuera de Rusia, con los maestros del marxismo internacional. El verdadero Trotsky se dibujaba en medio de estas tormentas. No tiene que olvidarse que el desarrollo social ruso, la madurez y formación de la clase revolucionaria, planteaba la necesidad de determinadas ideas políticas y Trotsky, ni duda cabe que gracias a sus cualidades personales, acuñó algunas de ellas, ayudado por su conocimiento del marxismo y de los antecedentes que presentaba el movimiento revolucionario internacional. En esta medida se agigantó, se empinó como le expresión de los intereses vitales de la clase obrera, como el portavoz de ésta, como el teórico que da expresión a lo que es instinto y tendencia elemental en ella; por eso pudo sostener atrevidamente que el proletariado en la atrasada Rusia zarista podía llegar al poder mucho antes que en los países europeos. altamente desarrollados desde el punto de vista capitalista. Seguramente entonces Trotsky dio de sí mismo mucho más de lo que podía esperarse, esto porque cumplió el papel de portavoz de ese porfiado topo ciego que son la leyes de la historia.

Encarnación del revolucionario profesional, que más grande que en la hora de victoria se perfila cuando le

toca preservar y defender los principios y bandera revolucionarios en las condiciones adversas de la derrota o de la clandestinidad. En este plano Trotsky apareció más grande que nunca. Luchó apasionadamente por reformar desde dentro al partido bolchevique degenerado por la burocracia stalinista y también al Estado obrero, siendo una de sus proposiciones la referente al retorno de la democracia obrera.

Está demás decir que para los revolucionarios altioplánicos tan profundamente enraizados en esta tierra india, para los trotskystas bolivianos El viejo es también nuestro, no solamente el espejo en el que nos miramos cuando nos empeñamos en fusionarnos con el movimiento revolucionario mundial, sino también cuando confrontamos nuestras ideas con las del marxista que formuló la teoría de la revolución permanente. Los que hemos estructurado el partido revolucionario y hemos contribuido a la formación de la clase obrera de nuestro país, hemos tenido en Trotsky la fuente de consulta que con sus grandes aportes nos ha facilitado nuestra acción diaria y también hemos polemizado con él en la tarea de estructurar y formular la teoría de la revolución boliviana, que por eso y sobre todas las cosas es uno de los movimientos trotskystas más importantes del mundo.

Nuestra admiración por León Trotsky es grande, pero es la admiración de los marxistas por quien no solamente entregó su vida y todas sus fuerzas a la lucha revolucionaria sin haber jamás esperado ni pedido recompensa alguna. Esa admiración sincera no puede engeguernos frente a los errores que en su actividad cotidiana cometió Trotsky, de igual manera que los otros titanes de la lucha de liberación de los oprimidos, Marx, Engels, Lenin, etc. Diremos que nos esforzamos por comprender críticamente a nuestro maestro indiscutido. En los marxistas no hay lugar para el culto a la personalidad, que considera, partiendo de un indiscutible subjetivismo, que con tanta frecuencia y por tantos lados desemboca en manifestaciones religiosas. La infalibilidad y omnisciencia de los jefes y caudillos nada tiene que ver con la existencia de un partido revolucionario cimentado en el centralismo demo-crático, que supone la elaboración colectiva de su línea política, el respeto a la más amplia democracia interna, a la discrepancia con las instancias de dirección e inclusive a la formación de fracciones internas y la superación de los errores cometidos mediante la autocrítica, que necesariamente debe partir del análisis radical de aquellos.

LO QUE LE DEBEMOS A TROTSKY

De la misma manera que el leninismo no es más que el marxismo aplicado a la época del capitalismo monopolista, del imperialismo y de la decadencia del régimen burgués, el trotskismo es el marxismo del período de la revolución socialista mundial, cuando la protagonizan los países de poco desarrollo capitalista y conforman la mayor parte del mundo. Lenin se consideraba un discípulo de Marx y Engels y nunca aceptó que sus aportes teóricos fuesen bautizados como leninismo. Igual actitud asumió Trotsky que de manera tan reiterada dijo ser nada más que un marxista y un heredero y defensor del leninismo frente a las tendencias revisionistas que no cesaron ni cesan de conspirar contra su integridad.

Sin embargo, los importantes aportes y aclaraciones en el campo de la teoría tienen el invariable destino de concluir identificándose con quién los enunció. Se puede hablar con toda legitimidad y sin violentar la esencia del marxismo, de trotskismo y también de trotskismo boliviano.

Todo lo que llevamos dicho se confirma si no olvidamos que Trotsky cuando enuncia la teoría de la revolución permanente, de tanta importancia para la comprensión de las revoluciones que tienen lugar en la hora que vivimos, lo hace invocando no solamente los argumentos teóricos que expusieron en su momento Marx y Engels, sino inclusive la misma denominación del planteamiento. Lenin y Trotsky conocían de memoria la circular de la Liga Comunista de 1850 y en ella está ya esbozada la revolución permanente.

Correspondió a Marx y Engels señalar el carácter revolucionario de la clase obrera contemporánea, del proletariado, esto superando la idea que los socialistas de las más diferentes escuelas heredaron de la burguesía que englobó a todos los productores en el "tercer estado". Está ya en los clásicos la tesis en sentido de que la presencia del proletariado modifica profundamente la mecánica de clases y el carácter de la revolución. Desde este momento la burguesía estaba condenada a concluir indefectiblemente como clase reaccionaria, como la aliada de las expresiones de opresión clasista del pasado y del presente. La revolución timoneada por el proletariado no podía menos que ser totalmente diferente a las revoluciones



Smolyn, Leningrado 1918



México 1938

burguesas.

De Trotsky aprendimos que no es suficiente repetir las leyes generales de la transformación de la sociedad, sino que es preciso comprender cómo se truecan en particulares al penetrar en una determinada realidad nacional, que en verdad esto es la política. En el caso que nos ocupa: se trataba de saber como actúan las leyes de la revolución socialista mundial, que constituye una unidad superior y que modifica a las revoluciones nacionales, en países de poco desarrollo capitalista, donde coexisten diferentes e importantes modos de producción, donde el proletariado es una minoría con relación a las grandes masas sociales heredadas del pasado.

El proletariado, aunque sea minoritario, joven, inculto, etc, es la única clase social revolucionaria consecuente por el lugar que ocupa en el proceso de la producción, por no ser propietaria y por ser hija del capitalismo. De aquí arranca que sea ya instinto comunista, incluso antes de ser tendencia política que lucha conscientemente por la instauración de la sociedad sin clases, que para libertarse -liberación que es una necesidad histórica- no tiene más remedio que libertar a toda la sociedad, acabar con toda forma de opresión de clase. La clase obrera no por ser minoritaria o por encontrarse frente a la burguesía nativa y a la vasta masa campesina, todas soportando la opresión imperialista, pierde sus condiciones inherentes de clase, como plantean los teóricos del nacionalismo burgués o del stalinismo. Contrariamente y ésta es una de las particularidades del proletariado de los países atrasados, la clase revolucionaria minoritaria se agiganta políticamente porque tiene que cumplir tanto sus tareas de clase como las nacionales, tiene que encontrar el medio de encarnar a la mayoría nacional y sus problemas, debe ser la expresión de la nación oprimida en su conjunto, lo que logra a través de la alianza obrera-campesina. Los hombres de la gleba son quienes llevan en sus hombros al proletariado hacia el poder; la burguesía, inclusive aquella que debutó acaudillando a la mayoría nacional, acaba siendo empujada por el mismo proceso convulsivo hacia posiciones reaccionarias. Como se ve, la presencia del proletariado como clase, es decir consciente en sentido marxista, ha modificado profundamente la mecánica de clases y también el carácter de la revolución burguesa, de la que tiene como tareas importantes las democráticas.

Nosotros no tuvimos que descubrir en este terreno los aportes teóricos, nuestro trabajo se redujo a aplicar lo aprendido a nuestra realidad. Trotsky sintetizó de la siguiente manera sus conclusiones: "Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando éste el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.

"El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando contra la influencia de la burguesía liberal nacional."

La clase revolucionaria y en esto se diferencia de los otros sectores sociales, imprime autoritariamente su impronta en todo lo que toca o pasa por sus manos. El rol del proletariado de los países atrasados es particular, único, porque se encuentra inmerso en el intrincado proceso de la revolución democrática cuando la burguesía se ha desplazado al campo de la contrarrevolución. No puede quedarse en el marco de las realizaciones puramente democráticas, basamento del capitalismo y de la explotación inevitable de la fuerza de trabajo, acicateado por la necesidad histórica de su propia liberación, se ve obligado a transformar radicalmente el cumplimiento de las tareas democráticas y les imprime carácter socialista, la revolución burguesa es transformada en socialista, todo en una sola etapa, como función inherente a la dictadura del proletariado: "La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente".

La revolución comienza inevitablemente dentro de las fronteras de un país, como consecuencia del desarrollo extremadamente desigual de la conciencia de clase del proletariado de las diferentes regiones, esto pese a ser una clase que muestra idénticos sus grandes rasgos por encima de las fronteras nacionales y cuando no se olvida que el internacionalismo proletario no es más que la réplica social del carácter mundial de la economía capitalista; pero no tiene posibilidad de resolver a fondo los problemas más

agudos que emergen de su propio desarrollo, cosa que puede darse únicamente en el plano internacional. Por estas razones la revolución nacional se trueca en internacional: "La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista sólo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir civil, y exterior, revolucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho, de que se trate de un país atrasado, que haya realizado ayer todavía su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.

"El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma en la victoria definitiva de la nueva sociedad de todo el planeta."

Desde que nos tocó actuar políticamente sabíamos que este pequeño país que es Bolivia, demasiado pobre y que es un pretexto para la disputa de las ambiciones de todos los vecinos que la rodean en un continente parcelado y cuyo orden internacional viene siendo impuesto por el imperialismo, solamente podía ingresar plenamente a la civilización en el marco de los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Trotsky ya había llegado en 1934 a la conclusión de que al joven proletariado latinoamericano le correspondía sellar la unidad del continente, imprescindible si se quiere derrotar al imperialismo, una fuerza sojuzgadora que actúa por encima de las fronteras nacionales, y preservar la independencia nacional.

La revolución es siempre un fenómeno que presenta rasgos excepcionales y de ninguna manera se trata del "calco servil de experiencias ya dadas en otras latitudes. Constituye la expresión más elevada de las características nacionales, de la historia, de la economía, en fin, de la cultura de una determinada región. La función política es descubrir las leyes que rigen esa transformación radical. A esto se llama teoría de la revolución de un cierto país. Los poristas bolivianos nos hemos formado y realizado en esta gigante e imprescindible tarea. Ha sido posible cumplir tal labor gracias a la ayuda que hemos encontrado en los aportes de Trótsky, que, por esto mismo, en ningún momento fue un extraño para nosotros. La revolución es todo un proceso histórico, determinado, en último término; por el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. La toma del poder es la victoria de la finalidad estratégica de esta etapa de lucha por la destrucción del capitalismo, sin embargo no puede ser considerada como el momento del total cumplimiento del proceso de transformación; contrariamente, es apenas el primer paso. Debido a que es el proletariado la clase social que la dirige, la revolución conocerá su victoria final cuando concluya con toda forma de opresión de clase y para llegar a este objetivo, una etapa, siempre en pugna con la anterior, servirá de peldaño que permita dar un paso más hacia adelante; en este largo camino habrán muchos avances y retrocesos, determinados por el desarrollo de la economía tanto nacional como internacional, por el desarrollo del movimiento revolucionario internacional.

Trotsky nos ha enseñado a comprender debidamente la economía mundial y que constituye un valioso elemento teórico para la comprensión de nuestra realidad. En su polémica con los teóricos del stalinismo dejó sentado que la economía mundial, fenómeno propio de nuestra época, constituía una unidad no solamente ubicada por encima de las economías nacionales, sino actuando como fuerza que subordina y modifica a éstas. Las leyes generales del capitalismo actúan a través de un determinado contexto económico-social y de esta manera configuran las características nacionales. Los nacionalistas y los stalinistas persisten tercamente en su idea de que la economía mundial no es más que un agregado simple y mecánico de las economías nacionales con todas sus características diferenciales, al extremo de que no la consideran una unidad dialéctica, en cuyo seno los diferentes componentes se encuentran en inter-relación, sino como agregados ocasionales que da lugar a la dependencia unilateral entre las metrópolis del gran capital y la periferia semicolonial, por ejemplo.

La ciencia obliga a considerar a las fuerzas productivas -tratándose de la realidad de determinado país- como dimensiones internacionales, porque, precisamente, también los países atrasados conforman la

economía mundial. Así, de acuerdo a la ciencia, en el momento actual del desarrollo de la economía capitalista mundial, las fuerzas productivas están supermaduras para la revolución proletaria, que es mundial por esencia. Considerado así el problema, se llega a la conclusión de que la clasificación de los diferentes países en maduros y no para la revolución -nos estamos refiriendo al factor económico, es decir objetivo, y no a la evolución de la conciencia de clase- no pasa de ser un esquematismo, aunque es manejado con suma fruición por los profesores escolásticos.

En su momento, que fue el de la dilucidación del carácter de los países latinoamericanos y de la revolución que podía darse en ellos, apuntamos que resultaba obligado puntualizar que el capitalismo había ingresado francamente al período de su decadencia y desintegración, esto pese a las explosiones aisladas de bonanza que podía darse en determinadas regiones del globo, lo que impone la conclusión de que los países de desarrollo rezagado ya viven su experiencia capitalista bajo la forma de economía combinada (coexistencia de diversos modos de producción) y que ya no les está permitido esperar un desarrollo pleno y libre en el marco de la gran propiedad privada burguesa, como siguen sosteniendo machaconamente nacionalistas y stalinistas y todos aquellos que de una u otra forma acaban entrampados en la revolución por etapas. Se tiene la impresión de que en este último caso no fue la caracterización del país la que llevó a señalar el tipo de revolución a realizarse, sino a la inversa, la revolución por etapas obligó a catalogar a los países atrasados como precapitalistas en su conjunto lo que permitía concluir que ineludiblemente tenía todavía que realizar su revolución democrática, lo que les permitiría contar con una mayoría proletaria producto del salto industrial y altamente educado nada menos que en la escuela de la democracia burguesa ampliamente desarrollada.

La definición de Bolivia dada por el POR, primero a través de la Tesis de Pulacayo y luego de su programa, en sentido de tratarse de un país capitalista atrasado de economía combinada, entroncada en toda la discusión anterior, resultó vital para América Latina y para la revolución en nuestro continente y en el mundo entero. Esta fue una larga batalla teórica librada en el campo del marxismo internacional, pero a nadie se le podía ocurrir que algunos pequeñoburgueses ambiciosos y cargados de una gran dosis de viveza criolla podían penetrar por la ventana, apropiarse de las conclusiones del debate y desvirtuarlas de manera que pudiesen encubrir las viejas concepciones de país feudal y de vigencia de la revolución democrática. Para sorpresa de propios y extraños, los "izquierdistas" proburgueses del más diverso matiz se apresuraron en copiar la definición porista y aparentando mucha inocencia, como quien nada hace, le añadieron el término dependiente, que, de manera inconfundible, supone el unilateral sometimiento del país atrasado al imperialismo. La obligada deducción: Bolivia aun no es parte integrante de la economía mundial y sigue inmersa en el precapitalismo -no debe confundirse con el poco desarrollo del país- en espera de la revolución demoburguesa. No hay lugar al menor equívoco: la teoría de la vigencia de la revolución democrática separa, mediante un abismo insalvable, a los izquierdistas que desarrollan el programa de la clase obrera de los que sirven de canal para la difusión de la política burguesa.

Lo que se plantea más arriba es solamente la posibilidad, la tendencia de la revolución proletaria, que ciertamente no se materializa de una manera mecánica, sino a través de la clase revolucionaria, de la mediación del desarrollo de la conciencia de clase. Si tomamos en cuenta el factor subjetivo, precisamente, podemos llegar a la conclusión de que la revolución proletaria en Bolivia se dará en la etapa que nos ha tocado vivir y no en un futuro indeterminado. No solamente entonces, sino ahora, cuando la presencia del proletariado como clase es indiscutible y a la luz de los acontecimientos que tienen lugar ante nuestros ojos, se corrobora la validez de la teoría de la revolución permanente, tornada como método y no como simple consigna.

La socialdemocracia rusa y no únicamente Trotsky, nos proporcionan los antecedentes para comprender la interrelación entre el proletariado y los campesinos y el rol que éstos deben cumplir en la revolución. El marxismo ruso, que aparece como una escisión crítica del populismo, tuvo necesariamente que analizar y comprender a la vasta masa campesina, poner de relieve la gran belicosidad y tenacidad de sus luchas y la imposibilidad de que se trocase en comunista. Trotsky, que estaba de acuerdo con Lenin al señalar a las fuerzas motrices de la revolución, fue muy claro desde el primer momento al señalar que la dirección en el proceso revolucionario ruso correspondía al joven y minoritario proletariado y no a la mayoría campesina, heredada del pasado histórico. Ni duda cabe que los hombres de la gleba, en cierto momento, cuando están seguros de haber sido defraudados tanto por la impotencia, las promesas y la demagogia de las tiendas burguesas, se desplazan hacia el campo obrero, buscando satisfacer sus demandas, esto pese, a que la dictadura del proletariado no podrá menos que sustituir la pequeña propiedad parcelaria por la gran granja colectiva. La actitud revolucionaria del campesinado contra el orden social imperante

le permite en esta etapa de lucha por la destrucción de la burguesía, identificarse con el proletariado; mañana, instaurada que sea la dictadura de esta clase social y gracias al apoyo directo y militante de la mayoría nacional, aparecerán nítidas las diferencias entre ambas clases sociales.

Qué vacío y altisonante aparece el empeño de nuestros pequeñoburgueses que se agotan en el esfuerzo de ubicarse en el campo para concientizar a los hombres del agro y convertirlos en socialistas con la ayuda de prédicas y planes filantrópicos. De aquí deducen -de igual manera que todos los utopistas- que la nueva sociedad vendrá sin dolores ni sangre, todo gracias a la labor propagandística que realizan. Los populistas, de una manera admirable y sin paralelo, ya tuvieron oportunidad de demostrar el equívoco de tales planteamientos y esto hace un siglo. El subjetivismo y el voluntarismo, expresiones ideológicas de la negación del marxismo, plantearon algo imposible por haber olvidado una pequeña cosa, pero que forma parte de la base económica material de la sociedad: el campesino produce de manera individual y con sus aperos de labranza primitivos, está pegado a la tierra como su adminículo, sin haber logrado enseñorearse en ella. El socialismo boliviano llegó a ser marxista en el momento en que se emancipó de la influencia del indigenismo y así pudo plantear la lucha de clases en su verdadera dimensión. Los precursores fueron superados por los realizadores. La masa campesina es muy numerosa, pero está compuesta por la yuxtaposición de productores individuales y pequeños propietarios, que se convierten en el factor decisivo que impide que las naciones-clases oprimidas y explotadas puedan expresar sus intereses generales, es decir, expresarse políticamente, constituir fuertes partidos políticos campesinos y actuar conscientemente. No se trata de subalternizar a los campesinos, como creen algunos, sino de ubicarlos en su verdadero papel: no pueden ser dirección revolucionaria, esto porque no están presentes como clase -no han logrado adquirir conciencia- sino como masa combativa, pero actúan como fuerza motriz que puede permitir la radical transformación de la sociedad y que la clase obrera alcance el poder. El proletariado está obligado a configurar su liderazgo revolucionario en estrecha relación con la masa campesina. No repite la hazaña de los que se desplazan al agro para trocarlo en socialista, sino que en el calor de la lucha cotidiana sella la alianza obrero-campesina, que quiere decir que la clase revolucionaria de la ciudad dirija a la masa campesina, no para detenerse en el marco democrático y desarrollar el capitalismo, sino para convertirse en gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado), capaz de orientar todas las energía nacionales hacia la estructuración de una sociedad sin clases, sin opresores ni oprimidos.

La alianza obrero-campesina, viga maestra de la estrategia revolucionaria, no es propiamente un pacto político sellado entre potencias de igual peso, después de interminables pugnas alrededor de los objetivos que se persiguen o de los métodos a emplearse, sino uno que se da en el calor de la lucha y en el que, de manera natural, la dirección revolucionaria impone objetivos y métodos. Si la dirección proletaria es aplastada o defecciona, es claro que se hundirá todo el movimiento revolucionario. Ni siquiera en este último caso se puede dar el caso de los campesinos dirigiendo políticamente al proletariado -el campo dirigiendo a la ciudad-, pues el actual desarrollo de la sociedad humana no ofrece resquicio alguno por el que pueda asomar una sociedad campesina ubicada entre el capitalismo y el socialismo, esa sociedad utópica sería nada menos que una de pequeños propietarios e importaría que la rueda de la historia retroceda muchos siglos.

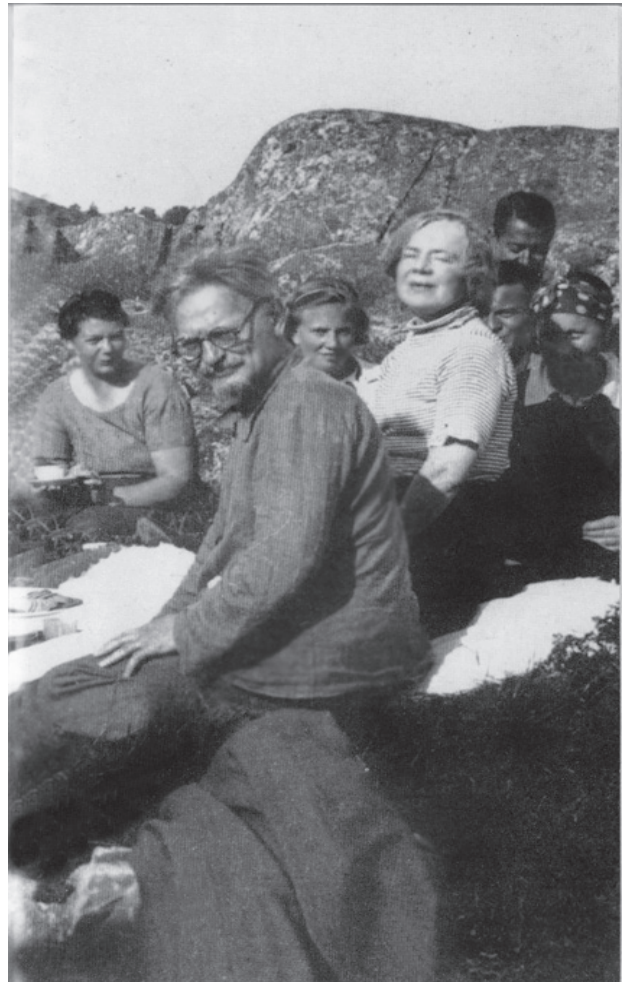
Algunos de los planteamientos del movimiento que tan pretenciosamente se autocalifica como nacionalista revolucionario y que se afana por colocarse como puente entre capitalismo y comunismo tiene algunos puntos de contacto con el indigenismo. Es también una proposición utópica que no encuentra cabida en el desarrollo de la sociedad humana. En la realidad palpable existe únicamente el nacionalismo de contenido burgués que pretende inútilmente solucionar el atraso mediante el desarrollo integral y libre del capitalismo.

La historia nos presenta al trotskismo como sinónimo de anti-stalinismo y en ninguna otra parte aparece tan admirable la lucha apasionante e incansable de Trotsky contra la política contrarrevolucionaria desarrollada por la burocracia stalinista. No se trata únicamente del destino del Estado ruso, calificado por Trotsky como obrero degenerado, sino del destino del movimiento revolucionario mundial en su conjunto.

Como quiera que la historia se hace a través de los hombres y éstos, de manera consciente o no, se limitan a facilitar o a obstaculizar el cumplimiento de las leyes de la transformación de la sociedad, la lucha política, que se exterioriza a través de las pasiones, virtudes y defectos de los protagonistas, casi siempre. aparece como una disputa personal, como un simple encontronazo de virtudes y de defectos



Noruega 1936



Noruega 1936



Trotsky y el Ejército Rojo

de los caudillos. Este estrecho criterio está muy lejos de la realidad en el caso que nos ocupa. Trotsky encarnó no únicamente a la tradición revolucionaria, al marxismo o al leninismo, sino a las fuerzas revolucionarias vivas y actuantes de la revolución colocadas frente a la política al servicio de la burguesía imperialista y que tan cínicamente usa y abusa de la rica tradición revolucionaria.

Trotsky, aunque no hubiese luchado ejemplarmente, al extremo de caer abatido en medio de la batalla, contra la barbarie thermidoriana -la reacción dentro del proceso revolucionario-, habría ingresado a la historia gracias a su magistral análisis de la burocracia stalinista y que constituye un ejemplo de admirable utilización del método marxista. ¡Qué diferencia con las conclusiones de Kruschev en el XX congreso del PCUS, donde el stalinismo aparece como obra personal, como el resultado de las secreciones glandulares del caudillo enloquecido, conclusiones que son tan del agrado de los historiadores burgueses!

Para Trotsky el stalinismo es un fenómeno histórico que responde a determinadas condiciones de la política rusa y mundial, íntimamente vinculadas al desarrollo del proceso revolucionario mundial. El estudioso de la historia pudo encontrar un antecedente en el thermidor de la revolución francesa, hechas las salvedades del caso. El stalinismo ha sido el resultado del largo aislamiento de la revolución rusa -la burocracia presentó el problema patas arriba en su "teoría" del socialismo en un solo país-, de relativa y momentánea estabilización del capitalismo y de la reacción particularmente apoyada en los nepman que insurgieron de la necesaria reactivación de la economía soviética -NEP-; éstas poderosas fuerzas conservadoras encontraron en el grupo de Stalin dentro del propio partido bolchevique, en las cualidades administrativas, en la rudeza de quien sorprendió a todos concentrando en sus manos gran parte del aparato partidista y dando la impresión de que para lograr el éxito le importaban muy poco las ideas y los programas, el canal adecuado para imponerse sobre el proletariado y la revolución. El stalinismo utilizó como su base de sustentación el cansancio de la clase obrera rusa que salía de una larga y cruenta guerra civil y en los kulaks enriquecidos. A la política contrarrevolucionaria de la burocracia, expresión de la degeneración no solamente del Estado obrero, sino del propio partido que timoneó la victoria de Octubre, siguió la más profunda revisión de los fundamentos teóricos, del marx-leninismo. Hay que remarcar que no se trató de una simple teorización, sino del esfuerzo por justificar una política francamente contrarrevolucionaria y al servicio del enemigo de clase en todos los rincones del mundo. El trotskismo se conformó como fuerza opositora a la burocracia tanto dentro del partido comunista ruso, de la Internacional Comunista, y del mismo Estado ruso, proponiendo medidas concretas encaminadas a lograr que tanto Estado como partido lograsen reencontrar el surco revolucionario. La lucha interna en favor del imperio del centralismo democrático y del programa marxista es un deber elemental de todo elemento que se considere revolucionario. Únicamente después de la victoria del fascismo en Alemania en 1933, donde el stalinismo abandonó el campo de batalla sin combate, complicándose seriamente en el encumbramiento de Hitler, la Oposición de Izquierda orientó su trabajo hacia la formación de una nueva Internacional, de la IV, a fin de preservar de su total destrucción a la tradición marx-leninista, a la bandera de la revolución proletaria.

Los escritos de Trotsky y toda la experiencia recogida de los numerosos y grandes esfuerzos que inútilmente se han hecho para poner en pie la Cuarta Internacional, como la dirección mundial que reclama este mundo convulsionado, nos han permitido comprender en toda su dimensión lo que es la Internacional, cuyo primer antecedente tiene que buscarse en la Primera Internacional de 1864, como partido de la revolución socialista mundial, verdadera unidad centralizada que corresponde al carácter también mundial del capitalismo, particularmente en su etapa imperialista. El partido es el programa, en este caso el Programa de Transición, que tiene que considerarse como el método que permite a las masas, partiendo de sus necesidades y estado de ánimo del momento, encaminarse hacia el poder. Sin embargo, ese programa mundial tiene que concretizarse en programas nacionales, en teorías de la revolución aplicables a los diversos países, pues la clase obrera, pese a su carácter mundial, se organiza y se rebela nacionalmente.

En la medida en la que las secciones de la Cuarta Internacional se vieron reducidas por mucho tiempo a grupúsculos de intelectuales o estudiantes pequeñoburgueses, perdieron su vinculación con la actividad creadora de las masas, se esclerosaron y se convirtieron en terreno fértil para la degeneración: el pensamiento marxista dialéctico fue sustituido por fórmulas frías y por expresiones de inconfundible revisionismo. La dirección revolucionaria tiene que conocer la realidad que pretende transformar y dar respuestas oportunas a todas las situaciones políticas que siempre son inéditas. De la experiencia internacional negativa se saca una valiosa lección: la Cuarta que emergerá potente será aquella que enraíce en poderosas movimientos de masas y se nutra de todo lo que hacen las masas con sus manos.

En este terreno, la obra del POR en Bolivia constituye un valioso capital para la puesta en pie de la IV Internacional.

LA EXPERIENCIA DEL NACIONALISMO

Para los bolivianos la experiencia de las masas frente al nacionalismo de contenido burgués tiene una importancia capital por dos razones: a) porque el nacionalismo, Particularmente el encarnado en el MNR, debutó como una propuesta política que arrastró detrás de sí a grandes masas proletarias, campesinas y de la clase media; b) porque en Bolivia quedan pendientes de solución importantes tareas democrático-burguesas, lo que da lugar, como respuesta obligada, a plantear su solución y lo hace el nacionalismo partiendo de la certidumbre de que hay todavía lugar para el desarrollo capitalista integral y libre, de manera que importe la consumación de la liberación nacional. Hay que añadir de paso, que en otras latitudes el nacionalismo burgués no logra presentarse como importante movimiento de masas. El vigor, y supervivencia del nacionalismo boliviano se explican por haber correspondido a una realidad del país.

Ya Engels señaló que la burguesía -en países como la Alemania de la primera mitad del siglo XIX- en cierto momento, cuando se hace evidente la presión del proletariado realiza inevitablemente un giro hacia la reacción. La circular de 1850 tiene como eje la necesidad de que el proletariado se organice, arme y actúe de manera independiente, lo que resulta obligado formular si se considera que la burguesía -también allí donde la revolución democrática no ha sido cumplida- se ha desplazado definitivamente hacia el polo contrarrevolucionario. No se podrá colaborar positivamente a que la clase obrera madure y se forme como clase -que se emancipe del control e influencia ideológicos y organizativos de la burguesía- si no llega a comprender como se da este proceso.

En la polémica de Trotsky acerca de la desastrosa política menchevique de Stalin durante la segunda revolución china, se somete a severo análisis no únicamente la conducta de la burguesía nacional, sino el comportamiento que debe tener el proletariado frente a aquella clase. El stalinismo -plato menchevique recalentado- parte del supuesto de que la era de la revolución democrática supone la existencia de importantes sectores burgueses progresistas, a los que debe subordinarse y apoyar el proletariado, porque todavía no ha llegado su hora. Este planteamiento teórico se traduce en la práctica en la imposición de la política burguesa al proletariado. Nacionalistas y stalinistas echan al tacho de trastos inservibles toda la experiencia histórica y las enseñanzas de los maestros del marxismo: Lenin fue categórico y claro en este terreno:

“Nuestra revolución -la rusa- es burguesa; debido a ello los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los políticos desprovistos de clarividencia que vienen del campo de los liquidadores -corriente oportunista de derecha en el POSR-. Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, los marxistas; debido a ello los obreros deben abrir los ojos al pueblo, haciéndole ver los engaños de los políticos burgueses, enseñándoles a no creer en las palabras, a no contar más que con sus fuerzas, su organización, su unión, su armamento”.

La burguesía nacional -inexistente en Bolivia- entra en fricciones con la metrópoli opresora y en esta medida aparece como la depositaria de la liberación nacional. Si se observa bien el problema, la histeria antiimperialista no puede ser otra cosa que la cobertura de la política que busca un mejoramiento de las relaciones semicolonias-metrópoli o de los precios de las materias primas que exporta la primera. Para resistir la presión foránea y para arrancar al imperialismo concesiones de alguna importancia, el nacionalismo no tiene más remedio que poner en pie a las masas obreras, campesinas y de la clase media, a fin de apoyarse en ellas y adquirir mayor fortaleza. No olvidemos que Villarreal organizó a la FSTMB en 1944. Esta puesta en pie de la mayoría explotada y su organización es algo trascendental porque contribuye a modificar radicalmente la política y al propio país.

No bien el asalariado comienza a marchar con sus propios pies, lo que equivale a decir que plantea sus propios objetivos -la base de todos ellos la destrucción de la gran propiedad privada- que pueden resumirse en la consigna de dar fin con el orden social imperante, no tiene más remedio que entrar en franco choque con la clase dominante. El proletariado encarna la insurgencia de los gérmenes materiales de la futura sociedad, ya suficientemente desarrollados en las entrañas de la que agoniza. La clase obrera,

al ir fijando sus contornos, marcha pisándole los talones a la burguesía, presionándola poderosamente y concluye desenmascarándola totalmente.

En este momento, la burguesía nacional se da perfecta cuenta que está umbilicalmente unida a la burguesía imperialista a través de la necesidad que tiene de defender la gran propiedad privada sobre los medios de producción, donde radica la justificación de su existencia como clase explotadora, esto aunque esté sometida a la opresión imperialista. Se presenta ante ella la urgencia de encontrar la forma más rápida y eficaz de contener y destruir a su aliada más importante hasta la víspera -la clase obrera-, este es el problema de su supervivencia: se incorpora como su nuevo aliado y su viejo amo nada menos que la metrópoli opresora. De esta manera y en el punto preciso en el que la clase obrera se torna amenazante y peligrosa, comienza el franco viraje de la burguesía nacional hacia los brazos -o posiciones- del imperialismo. Sellada la nueva alianza, la burguesía caduca y servidora de los intereses foráneos vuelca la violencia estatal contra los explotados. La lucha burguesa por la liberación nacional es abandonada inclusive en el plano de las declaraciones líricas y reemplazada por la política represiva contra el proletariado. La burguesía nativa se derechiza y puede concluir utilizando como tegumento las formas de gobiernos fascistas.

Como puede notarse, la burguesía se agota al vivir el ciclo del nacionalismo: comienza partiendo de posiciones populares y que se distinguen por su histeria antiimperialista -es entonces que arrastra al proletariado y lo anula como clase- y concluye como incondicional sirviente de la metrópoli opresora, momento en el que se emancipan los obreros. Lo que tiene que tenerse presente es que este proceso, así como la velocidad con la que se cumple, están determinados por la presencia del proletariado como clase.

Los explotados se estructuran como clase partiendo de la experiencia que viven en el seno de los movimientos y gobiernos burgueses radicalizados. Allí donde pone las manos la clase dominante parecería que todo se convierte en traición, en demagogia, en frustración. En realidad, lo que sucede es que la burguesía se limita a realizarse conforme a su esencia clasista, permanece fiel a sí misma. La poco numerosa y joven clase obrera ha agotado su experiencia frente al nacionalismo burgués ya sea de izquierda, de derecha o fascista y ha ocupado posiciones muy avanzadas con referencia a las promesas más atrevidas de la clase dominante. De esta manera se ha formado como clase y sus objetivos políticos apuntan hacia la conquista del poder político. El agotamiento de la burguesía nacional como propuesta política capaz de arrastrar a los trabajadores, plantea, al mismo tiempo, la urgencia de su expulsión del control del aparato estatal, extremo que únicamente puede ser materializado por la clase obrera.

El P.O.R. existe desde hace cincuenta años de constante trabajo político debido, sobre todas las cosas, al vigor y justeza de su programa. En la base de ese programa se encuentra el pronóstico de la línea política que inexorablemente seguiría el victorioso nacionalismo movimientista de entonces. Cuando Paz se autoproclamaba marxista y cruzado llamado a consumir la liberación nacional, el POR le dijo que, de manera inevitable, concluiría en brazos del Departamento de Estado como su mejor agente y que volcaría los fusiles del ejército contra la clase obrera, su aliada en ese momento. A esta predicción hay poco que añadir cuando el envejecido líder del nacionalismo, después de haberse aliado con el golpista Banzer, proclama con todo cinismo que desde el poder realizará un programa francamente capitalista, proimperialista, antinacional, antipopular y antiobrero. Estamos seguros que la clase obrera, que marcha avasalladora ha sabido sepultar todas las ilusiones acerca de las posibilidades revolucionarias del MNR, tendrán la fortaleza suficiente para sepultar de manera definitiva a la burguesía incapaz y putrefacta, de cuya descomposición emanan gases deletéreos del fascismo, del narcotráfico, de la corrupción y del latrocinio.

EL FRENTE ANTI-IMPERIALISTA

La áspera lucha contra el stalinismo llevó a Trotsky a identificar mecánicamente, partiendo de la experiencia negativa de las ligas antiimperialista de los años treinta, el frente antiimperialista, que fue delineado por el IV congreso de la IC, con la política de sometimiento de las masas explotadas al control y política burguesas, como si se tratara de un frente popular.

Los epígonos del trotskismo, no los que llegaron a asimilar el marxismo de nuestros días, no tuvieron el menor reparo en aplicar la táctica del frente único proletario, propia de las metrópolis, y por este tobogan se deslizaron hasta planteamientos que por muchas razones recordaban la tesis de la revolución

puramente socialista para todos los países, etc. Como es ya habitual los epígonos resultaron los más temibles detractores del frente antiimperialista.

Correspondió al POR reformular la táctica del frente antiimperialista en sus verdaderas dimensiones, como fuera formulada en 1922. En Bolivia se trataba únicamente de dar expresión teórica y política a lo que hacían las masas todos los días, lo que no merma la importancia de la labor cumplida. Fue en la polémica con los supuestos trotskistas encartonados y enlatados que tuvo que gastarse mucha tinta y tiempo, lo que ciertamente fue lamentable. Parecía que habíamos logrado convencer a los más, pero el momento menos esperado se comprobó que la desviación más corriente consistía en imprimir al frente antiimperialista rasgos stalinistas.

El frente antiimperialista emerge de las características diferenciales de nuestros países y de la naturaleza combinada de la revolución a realizarse. El proletariado no podría superar la pequeñez de su número y menos convertirse en caudillo nacional, sino lograrse unir en un solo frente a toda la nación oprimida, es decir, a las diversas clases que soportan la opresión imperialista. La política en un país atrasado encuentra su expresión de mayor relieve en la pugna que libran tanto la burguesía como el proletariado por dirigir políticamente la unidad o frente de las clases que conforman la nación oprimida.

El frente antiimperialista constituye la táctica adecuada para hacer posible la revolución proletaria en un país atrasado, esto porque se convierte en el marco dentro del cual puede efectivizarse el liderazgo de la clase obrera sobre la nación oprimida. No se trata únicamente del cumplimiento de consignas antiimperialistas, sino que permite movilizar, a las masas en su lucha cotidiana por mejores condiciones de vida y de trabajo. Esta consigna está llamada a tener vigencia mientras el proletariado no conquiste el poder político. No entra en contradicción con la revolución permanente, sino que, más bien, es la táctica precisa para su efectivización.

En la última etapa ha sido posible oponer con éxito la táctica del frente antiimperialista a la política frente populista desarrollada por la UDP y por los partidos que la componían. Cuando hablamos de la conquista del poder por los explotados no estamos formulando una abstracción, algo que debe quedar en una declaración lírica, sino una consigna concreta: la insurrección permitirá que las organizaciones propias de las masas -los órganos de poder- destruyan el aparato estatal burgués con las armas en la mano. El partido revolucionario y su militancia será la dirección del proceso desde el seno de esos órganos de poder, es decir, de las masas. El trabajo que corresponde realizar no ofrece ninguna duda: hay que penetrar en las masas y sus organizaciones, para afirmarse en ellas, para ensanchar la influencia política y organizativa, para educar políticamente a los explotados, para organizarlos y movilizarlos. Los sindicatos y tampoco la COB-sindicato (ahora hay que recordar que a fines de 1954 la burocracia cobista proclamó a V. Paz Libertador económico) podrán cumplir esta tarea y en caso de que lo pudieran estarían demás los órganos de poder.

TROTSKY VIVIENTE

Lo que llevamos dicho demostrará al lector que para nosotros el camarada Trotsky no es un ídolo, ni un simple mártir, sino uno de nuestros mayores que vive en medio de nuestra actividad cotidiana. Vivo en el pensamiento y en la acción de los oprimidos y explotados de la tierra altiplánica y que tan tenaz y admirablemente van luchando por libertarse, sin tener el menor reparo de regar con su sangre el camino escabroso que recorren. Cayó El Viejo y también cayeron muchos de nuestras propias filas. No los lloramos, los recordamos como ejemplos que templan nuestras ideas y nuestro espíritu.

Nos negamos a repetir únicamente que son mártires. Ellos -y sobre todo Trotsky- lucharon gozosamente, se realizaron a plenitud en los combates y la actividad partidista, muchas veces ignorada, gris, anónima, pero en cuya urdimbre es posible encontrar las ideas claves que nos permiten explicar el desarrollo y destino de la actual sociedad y de la humanidad. Los revolucionarios nos engrandecemos porque tenemos el suficiente coraje para sobreponernos a todas las miserias que conforman un mundo que periclitaba, el mundo de la explotación, de la barbarie, de la ignorancia, de la tortura, del narcotráfico, de la prostitución. Somos lo suficientemente grandes para no cejar en nuestra lucha destinada a acabar con esta vergüenza para la especie humana.

Cuando Trotsky cayó asesinado, los poristas estaban empeñados en una pugna interna entre los que sostenían que el Partido debía permanecer como cenáculo propagandístico, guardando celosamente

sus ideas y sus documentos para que nadie los copiara, y los que se empeñaban por llevar las ideas revolucionarias hasta el seno de las masas, de los sindicatos. El Programa de Transición sostenía que ningún revolucionario podía excusarse de trabajar en los sindicatos. Trotsky y Lenin tuvieron que enfrentarse con los ultraizquierdistas que tan generosamente proliferan en las filas marxistas.

Atónitos por las noticias del cable, no abandonamos las luchas internas ni el trabajo encaminado a ligarnos con los trabajadores; con la rica y capital experiencia de los años cuarenta, con esa rica argamasa construimos el nuevo POR.

La dirección de la IV Internacional, en ese momento en los EE.UU. y que nos trataba como unos chiquilines, nos remitió la circular respectiva y una fotografía de nuestro guía que cayó en el combate. En la copia aparecía la firma de Trotsky, que ciertamente no fue estampada especialmente para nosotros. Haciendo gala de nuestro origen indio, permanecemos mudos, con los dientes apretados y con la voluntad orientada a romper el cerco que nos impedía llegar hasta las masas. Más tarde, en una revista que editábamos a máquina de escribir, reproducimos los artículos de uno de sus secretarios y de Natalia que relataban la forma cómo sucedió el crimen stalinista.

Agosto, 1985

EL ASESINATO DE TROTSKY

En agosto de 1940 cae asesinado en Coyoacán León Trotsky en manos de un agente que la burocracia stalinista había educado largamente para ser ejecutor material del crimen.

Nota añadida por G. L. en 1998:

“Después de la caída del stalinismo se ha logrado publicar una serie de documentos de los crímenes planeados y ejecutados por la NKVD (luego MGB.) y que ya han visto la luz pública.

“Tratándose del asesinato de Trotsky ninguno tan importante como el volumen titulado “Operaciones Especiales” de Pavel Sudoplátov, en cuyo capítulo IV (“El asesinato de Trotsky”) se incluye la siguiente entrevista, cuando aquel fue designado Subdirector del Departamento Extranjero de la NKVD:

“Stalin frunció el entrecejo. Tenía la pipa en la mano, apagada, aunque llena de tabaco. Luego encendió una cerilla de madera con un gesto que todos los que veían los noticiarios conocían bien y acercó un cenicero...

“Beria opinó que el servicio de Inteligencia extranjero debía cambiar sus tradicionales prioridades en vísperas de una guerra en Europa y el Extremo Oriente... Trotsky y sus seguidores significaban una seria amenaza para la URSS al competir con nosotros por ser la vanguardia de la revolución comunista mundial. Beria sugirió que se me pusiera al mando de todas las operaciones anti-trotskyistas del NKVD, a fin de infligir el golpe decisivo al movimiento trotskyista. Aquella era la razón de que me hubiera nombrado subdirector del Departamento Extranjero, bajo las órdenes de Dekanózov.

“Mi misión consistiría en movilizar todos los recursos disponibles del NKVD para eliminar a Trotsky, el peor enemigo del pueblo.

“En el movimiento trotskyista no hay figuras políticas importantes aparte del propio Trotsky -dijo Stalin-. Eliminado Trotsky, la amenaza desaparece. Dicho esto, Stalin volvió a sentarse frente a nosotros y empezó lentamente a hablar de lo insatisfecho que estaba con el actual estado de nuestras operaciones, que, a su modo de ver, no eran lo bastante activas. Stalin subrayó que la eliminación de Trotsky había sido encargada por primera vez a Spiegelglas en 1937, pero que éste había fracasado en aquella importante misión de gobierno.

“Entonces Stalin se puso rígido, como si fuera a dar una orden y dijo: ‘Trotsky debe ser eliminado antes de que acabe el año y la guerra estalle inmediatamente. Como prueba la experiencia de España, sin la eliminación de Trotsky no podemos confiar en nuestros aliados de la Internacional Comunista, si los imperialistas atacan a la Unión Soviética. Tendrán grandes problemas para llevar a cabo su tarea



Museo de Trotsky en Mexico

internacionalista de desestabilizar la retaguardia de nuestros enemigos mediante sabotajes y guerrillas si tienen que hacer frente a la traicionera infiltración de los trotskistas en sus filas...'. Stalin concluyó su breve explicación del estado del mundo ordenándome que encabezara el equipo de buyeveke, fuerzas de choque, que deberían ejecutar la acción contra Trotsky, exiliado en México...".

A muchos se les antojó que destrozando el cerebro poderoso del líder bolchevique desaparecería físicamente la Cuarta Internacional; este criterio, marcadamente policiaco y mecanicista, no tardaría en ser categóricamente desmentido. Es cierto que la muerte de Trotsky -como el todo gran líder, por otra parte- tuvo enormes repercusiones negativas en el desarrollo de la Cuarta Internacional y el vacío dejado por él no pudo ser llenado rápidamente. Había sido eliminado físicamente el dirigente de clara inteligencia, capacidad de trabajo incomparable y rica experiencia. Pero dejó sus ideas y el programa que permitieron la posterior revitalización de la Cuarta Internacional, su mayor y más querida obra.

Hemos dicho que el Partido Obrero Revolucionario prácticamente vegetaba al margen de la Cuarta Internacional y para ésta no era más que un observador pasivo.

Sin embargo de todo esto, la muerte de León Trotsky fue para los bolivianos una catástrofe mucho más descomunal que para los otros partidos trotskistas que estaban integrados virtualmente en la Cuarta Internacional y que, por esto mismo, podían esforzarse colectivamente por vencer los obstáculos descomunales creados por la ausencia física y de dirección del Viejo.

No hay que olvidar que muchos de los poristas habían llegado a la vida política bajo la influencia decisiva de los escritos y la vida de Trotsky. Desde este punto de vista, las traducciones y publicaciones de los escritos del teórico de la revolución permanente hechas por el español Andrés Nin fueron de una importancia capital. Durante la tercera década, España difundió por todo el continente y también por Bolivia las ideas revolucionarias que después fructificaron en el POR.

En el período del Partido Obrero Revolucionario clandestino no se realizó una sistemática difusión de los escritos de León Trotsky que, conforme enseña la experiencia, por su brillantez y su gran capacidad de síntesis en la exposición de las posiciones marxistas, contribuyeron positivamente en las tareas de captación y formación de los militantes.

En una pequeña revista (tamaño medio oficio y publicada en no más de una decena de ejemplares) hecha a máquina de escribir y posterior en "Pauta" (formato 16), ambas publicadas por la dirección porista de Cochabamba, se reprodujeron pocos artículos de los clásicos. La intención que animaba a tales revistas no era otra que la de poner en manos de los iniciados las creaciones de Trotsky y no el de difundirlas en medio del gran público. Cuando el Partido Obrero Revolucionario se orienta hacia la penetración en el seno de las masas, se plantea la necesidad de difundir ampliamente todos los escritos capaces de contribuir a la elevación teórica y política de los militantes, empeños que cayeron muy bajo en proporción directa a la impresionante elevación de la cantidad numérica de nuevos adherentes. Es entonces que se planifica la edición de los trabajos de Trotsky, Lenin y otros clásicos del marxismo. Pese a las condiciones sumamente difíciles creadas por la casi permanente clandestinidad, por los altísimos costos de impresión, en un país de muy bajos salarios, y por las posibilidades que tiene la policía de controlar las imprentas, etc., es impresionante la cantidad de los títulos de Trotsky que el Partido Obrero Revolucionario ha lanzado a la circulación. Con este motivo puso en marcha varias empresas editoriales con dispar fortuna.

Se le debe a León Trotsky la comprensión del problema nacional, dentro del marco de la teoría de la revolución permanente, y en este sentido los artículos, notas y la consigna de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, conforman el basamento de las ideas del Partido Obrero Revolucionario. Se sabe perfectamente que muchos de estos escritos son apenas apuntes y atisbos y, sin embargo, pueden ser exhibidos como modelos de análisis de una realidad concreta con ayuda del método marxista. Por esto mismo el asesinato del líder tuvo para los bolivianos efectos catastróficos.

Tres años después del crimen alevoso de Coyoacán, tuvo el Partido Obrero Revolucionario que hacer frente a la novedad de un movimiento y gobierno nacionalista de vastísimos alcances. El régimen Villarroel-Paz Estenssoro (1943-1946) fue para los trotskistas bolivianos toda una novedad porque el Partido no comprendió ni analizó debidamente a los gobiernos militares "socialistas" de la post-guerra chaqueña. La ausencia de la palabra lúcida y orientadora de León Trotsky tuvo consecuencias negativas de gran magnitud, el Partido Obrero Revolucionario se debatió en medio de la confusión, no atinó a fijar

con claridad, firmeza y oportunamente cuál debía ser la actitud de los revolucionarios, de los trotskistas, frente al nacionalismo. El Partido mostró dos frentes -lo que fue ya lamentable por sí mismo-: uno que, moviéndose bajo la presión e influencia del stalinismo y, a través de éste y de la misma rosca, se limitaba a relieves y combatir los rasgos dictatoriales del gobierno, definidos enfáticamente como fascistas, reduciendo así el problema a la antinomia fascismo-democracia; y el otro, que en alguna forma exteriorizaba las tendencias que comenzaban a dibujarse entre los obreros más avanzados, se dedicó a puntualizar las limitaciones del nacionalismo y la necesidad de formular su superación revolucionaria.

La desaparición de León Trotsky pesó negativamente en el aspecto organizativo del Partido Obrero Revolucionario. Cuando irrumpió en el escenario como una fuerza política de gran importancia, seguramente fundador de la Cuarta Internacional habría impedido que la dirección de ésta lo tratase como a una potencia extraña y habría contribuido a su enérgica asimilación a la vida interna del Partido Mundial de la Revolución Socialista.

El Partido Obrero Revolucionario concluyó, partiendo siempre de la herencia teórica dejada por Trotsky, orientándose debidamente tanto en el problema nacional como en la correcta comprensión de la Internacional, pero lo hizo con mucho trabajo, con enorme desgaste de energías y de tiempo, que muy bien podían haberse empleado en el fortalecimiento de la organización, uno de los aspectos negativos persistentes a lo largo de la historia del trotskismo boliviano.

El Departamento Latinoamericano de la Cuarta Internacional, en su carta a la dirección de Cochabamba de 24 de agosto de 1940 informaba sobre el trágico acontecimiento de Coyoacán:

"Suponemos que ya estais al tanto de la trágica muerte de nuestro querido e inolvidable Viejo. Fue asesinado por un agente de la GPU, esto es, por Stalin. Como una medida para honrar su memoria hemos decidido dedicar la mayor parte del próximo número del "Boletín de Información" a material que trate de su gloriosa vida y la forma como fue asesinado por el criminal stalinismo. En una próxima trataremos más ampliamente esta cuestión. Ya tenemos preparado el retrato de nuestro querido León Trotsky para vosotros y se los remitiré mañana mismo" (10) .

Efectivamente llegó el retrato, pero la carta que daba la mala nueva tardó dos meses en ser copiada. La dirección porista de Cochabamba no agilizaba su trabajo ni siquiera en circunstancias tan excepcionales, como las que se vivía en ese momento.

El cable periodístico trajo a Bolivia las informaciones del atentado, agonía y sepelio del gran líder bolchevique con bastante amplitud y rápidamente. Día tras día los que se identificaban con León Trotsky o se sentían próximos a él vibraban de emoción y de dolor al leer los periódicos. El stalinismo había logrado asestar un tremendo golpe a la revolución socialista mundial, al trotskismo y, sin proponerse, al Partido Obrero Revolucionario del Altiplano. Parece curioso que la gran prensa hubiese difundido los escritos de Trotsky en mayor medida que la dirección partidista en ese entonces. "La Noche" registraba con frecuencia los últimos artículos del gran Trotsky en su sección "Las cien firmas famosas". La dirección porista de Cochabamba copió y difundió con desesperante lentitud los largos artículos de Natalia Sedova y de Hansen del SWP sobre el asesinato. No realizó ningún balance del acontecimiento trágico, no orientó a sus adeptos acerca de sus inevitables consecuencias, etc. Nueva York parecía darse cuenta perfecta con quienes trataba.

(10) Departamento Latino-Americano, "carta al POR", Nueva York, agosto 24 de 1940.